

La agencia United Press cuenta en un telegrama (25 de julio) la triste aventura de un «marine» que, después de dos años de servicio en las junglas del Vietnam, entre muertes, incendios y terrores, llega a su país, llega a su casa, y encuentra su barrio en llamas, en la ciudad de Detroit, como consecuencia de la revuelta negra. Señalaba con el dedo hacia las casas ardiendo, y decía: «Solamente con que hubiese ahí unos campos de arroz, esto sería igual que el Vietnam. Es duro volver a los Estados Unidos... Mire, mire usted eso. En América hay idiotas...».

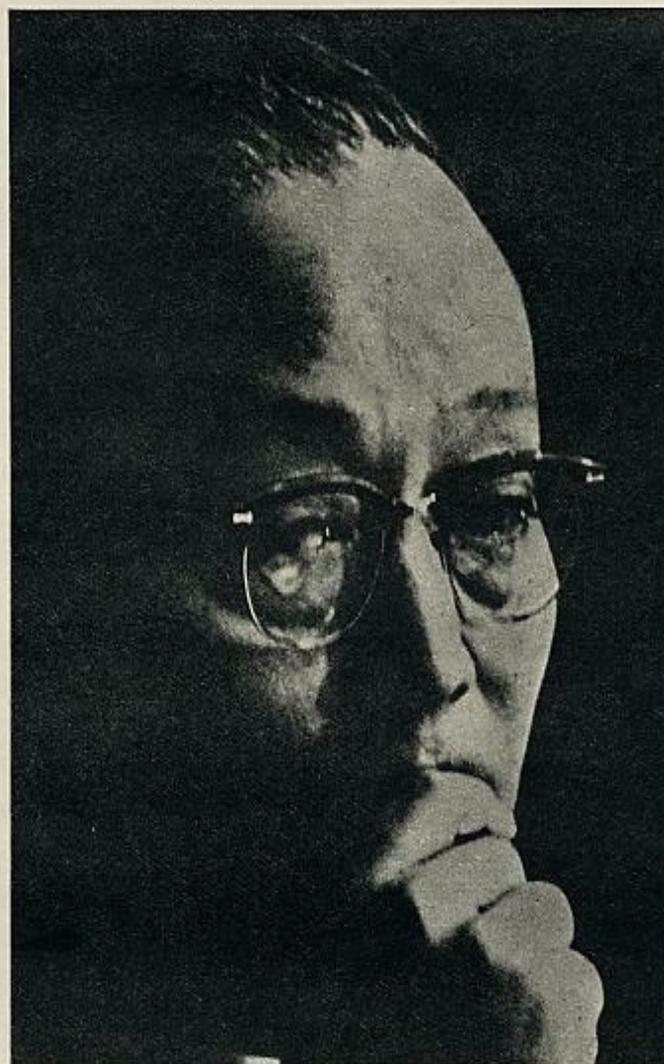
Probablemente, el caso no tiene más valor que el de una anécdota. Todo está, sin embargo, en relación. La derecha conservadora entiende en los Estados Unidos —y fuera de ellos— en una especie de gigantesco plan para acabar con la grandeza de los Estados Unidos. El Gobernador de California, Ronald Reagan —antiguo artista de cine, que ha saltado de una popularidad a otra con cierta facilidad—, cree que los «forajidos, perros locos» que han creado la revolución negra no tiene nada que ver con el problema racial, y son desautorizados por la mayoría de los negros. «Creo que es una ingenuidad suponer que se trata de revueltas espontáneas. Forman parte de un plan». Por su parte, el Presidente Johnson discute con U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, en discursos públicos. U Thant ha declarado algo que está muy dicho, pero que necesitaba su autoridad moral y técnica para ofrecer alguna mayor credibilidad: que el problema del Vietnam es una simple cuestión de lucha por la independencia, de combates nacionalistas contra el extranjero, y que no puede hablarse seriamente de plan de agresión internacional. Johnson lo niega, como es lógico. Si lo aceptase, su única posibilidad sería retirar las fuerzas expedicionarias norteamericanas y retirarse él mismo, como le piden ya algunos colegas de su partido. La carta que le han dirigido 51 representantes de 27 estados en el Congreso del Partido Demócrata, dice: «Su candidatura contribuiría en mucho a destruir lo que nosotros hemos edificado juntos». Esto es, el partido. Un partido teóricamente apoyado en la defensa de las clases menesterosas, representante de una cierta izquierda, y dañado en el propio corazón de su doctrina. Creen estos demócratas que el simple nombre de Johnson en la candidatura presidencial de 1968 sería suficiente para provocar «un alud republicano». «Millones de demócratas podrían no apoyar a los candidatos del partido ni en las elecciones municipales, ni en las del Estado, ni en las nacionales». La popularidad del Presidente había subido mucho en los días del conflicto de Oriente Medio; había apoyado a la causa de Israel, y la mayoría de la nación —una enorme mayoría— asumía la misma postura. Y, además, esta posición se veía coronada por el éxito militar de Dayan, por la acción lenta y estudiada de las Naciones Unidas en favor del país agresor, por la actitud moderada y equívoca de la Unión Soviética. Hasta la visita de Kossiguin a Glassboro y el cuidado entusiasmo con que se puso en escena la entrevista fueron favorables a Johnson. Pero otra vez el conflicto del Vietnam sobre nada, con su falta de salida real; otra vez U Thant, desde su elevado puesto, ataca con dureza esa política y esa intervención; y otra vez, otro verano más, salta a la calle la desesperación negra, con antorchas incendiarias, con disparos, con el monstruo del odio dirigiendo por su cuenta la situación en cada ciudad donde hay un «ghetto» y donde hay unos blancos dispuestos a mantenerlo cerrado: es decir, en cada ciudad de los Estados Unidos. Mientras los demócratas se desesperan de la incapacidad del poder que les representa, los republicanos no cesan de atacar. Para ellos, la situación del país equivale a la anarquía.

Esta definición es de Eisenhower, y la expone en un artículo exclusivo que ha entregado al «Readers Digest». «La nación se hunde dentro de una era de crisis de la ley, que al final sólo puede conducir a la anarquía. ¡Debemos estar avergonzados!». El problema del res-

peto a la ley aparece también en el mensaje que Johnson ha dirigido a los jóvenes del país. Hablaba a los delegados de la «Boy's nation», grupo juvenil dentro de la American Legion, formada por ex combatientes —y que varias veces ha sido acusada, desde la izquierda, de mantener posiciones parafascistas mediante la exaltación de un nacionalismo americano que puede crear barreras de razas en un país enormemente mezclado—, y les dijo: «Debe estar por encima de todo respetar las leyes de la sociedad, reconstruir la sociedad mediante la modificación de las leyes, ensayando y utilizando la ley; si accidental o voluntariamente debilitamos los fundamentos de la ley, todo aquello que hemos construido se desmoronará sobre nuestras cabezas». Johnson denunció —sin referirse directamente a las ciudades donde ha habido y hay disturbios— que en las filas de vanguardia de las revueltas había jóvenes.

No es honesto culpar a la administración Johnson de la anarquía que denuncia Eisenhower —con fines electorales—, ni de la inquietud de la juventud, ni de los movimientos revolucionarios de los negros. Hay en estos momentos una situación de inquietud general en el mundo, y no sólo en los Estados Unidos; y no sólo en Occidente. El problema

Otra vez el conflicto del Vietnam sobrenada, con su falta de salida real; otra vez U Thant, desde su elevado puesto, ataca con dureza esa política y esa intervención; y otra vez, otro verano más, salta a la calle la desesperación negra. Y Johnson, como es lógico, se siente profundamente preocupado.



MOMENTO DE CRISIS

Por
**EDUARDO
HARO
TEGLEN**



con el que se están enfrentando las generaciones activas del mundo en estos momentos es principalmente el de una doble radicalización de tendencias. Los conservadores —y no llamo ahora solamente conservadores a los ricos, a los privilegiados, a los que dominan el mundo, sino a aquellos que tratan de evitar la mutación de valores que la revolución técnica y científica está produciendo, sea donde sea donde se encuentren— parecen cada vez menos decididos a abandonar a la resignación de ver cómo desaparece su mundo antiguo; parecen decididos al empleo de la fuerza, de cualquier clase de fuerza, para detener las fuerzas del progresismo —y una vez más advierto que no me estoy refiriendo a lo que en política se llama progresismo, para indicar determinadas posiciones ideológicas—, las cuales, a su vez, tampoco se resignan a abandonar la lucha, conscientes de que la historia está de su parte. La crisis visible del poder en los Estados Unidos, y además de visible espectacular y dramática en algunos de sus extremos, es la misma que aparece en Pekín, un poco ensordecida por la magnitud del país y por las condiciones de propagación de las noticias. Hay una crisis en Londres y la hay en Moscú, mucho menos aparentes porque sus situaciones internas son más sólidas. En Francia, la situación está curiosamente falseada por la existencia del general De Gaulle, en quien se alían ciertos elementos de aparente progresismo político, aunque no sea más que en su capacidad para sorprender y para mantener el espectáculo del poder actuante sin que decaiga ni un solo momento el «suspense», con elementos ultra-

conservadores, como es un nacionalismo a ultranza y una contención de los progresos sociales y sindicales.

Esta conjunción de crisis en los grandes y sus reflejos inmediatos en países de menor significación, pero de enorme peso histórico —las guerrillas de América Hispánica, el hundimiento moral de los países de Oriente Medio, la inestabilidad africana—, se multiplican en grupos nacionales dentro de cada país: hay crisis sindicalistas, crisis universitarias, crisis religiosas, crisis de intelectuales, crisis de ideologías, crisis en las costumbres y los usos de las sociedades, en la familia, en el comportamiento de la juventud, en las relaciones de padres a hijos. Todas estas crisis tienen una lógica y no deben inquietar excesivamente. Pero lo que sí debe inquietar, y es preciso que seamos conscientes de todos los peligros que el hecho entraña, es que estas crisis en lugar de tender a la busca de soluciones con el menor mal posible, tienden cada día más a plantearse como problemas sin solución, sin pacto posible; y, por lo tanto, conducen a situaciones de fuerza y de violencia. La violencia engendra violencia, la represión engendra odios, siembra revueltas futuras. Todo en esta época parecía más dispuesto que nunca para el diálogo entre oponentes, para la tolerancia mutua, para el examen de las situaciones con serenidad y con amplitud. Sin embargo, en estos precisos momentos esas esperanzas parecen vanas. Es de esperar que sea un momento transitorio, que sea una necesidad histórica antes de que la situación se pueda sedimentar.

(Fotos EUROPA PRESS y ARCHIVO)